

La semántica del mar en la poesía española y serbia de la primera mitad del siglo XX

SONJA SEVO
JUAN FRAU
Universidad de Sevilla

Resumen

El artículo explora el simbolismo y el significado del mar en la poesía española y serbia durante la primera mitad del siglo XX, destacando las similitudes y diferencias entre ambas tradiciones literarias. Se examina cómo el mar se convierte en un motivo recurrente, cargado de connotaciones filosóficas, emocionales y culturales. En la poesía española, el mar suele representar la inmensidad, el destino, la lucha interna y la búsqueda de sentido en un mundo caótico. En contraste, en la poesía serbia, el mar aparece menos frecuentemente, pero cuando lo hace, también refleja la introspección y la conexión con lo trascendental, aunque con un énfasis particular en la muerte y la distancia. El mar, en ambos contextos, es un espacio de confrontación con lo desconocido, pero también de refugio y contemplación, que refleja las ansiedades y esperanzas de una Europa sacudida por guerras y cambios sociales.

Palabras clave: mar, simbología, poesía, historia

Abstract

The article explores the symbolism and meaning of the sea in Spanish and Serbian poetry during the first half of the 20th century, highlighting the similarities and differences between both literary traditions. It examines how the sea becomes a recurring motif, filled with philosophical, emotional, and cultural connotations. In Spanish poetry, the sea often represents immensity, fate, inner struggle, and the search for meaning in a chaotic world. In contrast, in Serbian poetry, the sea appears less frequently, but when it does, it also reflects introspection and a connection with the transcendent, though with a particular emphasis on death and distance. In both contexts, the sea is a space of confrontation with the unknown, but also of shelter and contemplation, reflecting the anxieties and hopes of a Europe shaken by wars and social changes.

Keywords: sea, symbology, poetry, history



1. INTRODUCCIÓN

El presente artículo se propone llevar a cabo un estudio comparativo sobre la forma en que aparecen el mar y sus elementos más representativos en la poesía lírica española y serbia durante el primer tercio del siglo XX. Para ello, se han seleccionado algunos poemas y poemarios de poetas de ambas tradiciones, nacidos sobre todo en la década de los ochenta y los noventa,



más un poeta algo mayor, Jovan Dučić (nacido en 1872), y otro más joven, Rafael Alberti (1901). Los poetas nacidos en los ochenta son: Vladislav Petković Dis (1880), Juan Ramón Jiménez (1881), Tomás Morales, León Felipe y José del Río Sainz (los tres nacidos en 1884), en tanto que Milutin Bojić nació en 1892. Se da la circunstancia de que tres de los poetas españoles nacieron en un lapso de tres años, y tres de los poetas más jóvenes murieron, de forma prematura, en un lapso de cuatro, entre 1917 y 1921: tanto Dis como Bojić fallecieron al final de la primera guerra mundial, mientras que Tomás Morales murió por causa de una enfermedad.

Los poemarios en los que nos centraremos también comparten una cronología cercana: *Almas ahogadas* de Dis es de 1911, los *Poemas del mar* de Morales se publican por vez primera en 1908 y los *Versos del mar* de José del Río en 1912, aunque en ambos casos habrá ediciones posteriores con algunas variantes significativas. Por su parte, el *Diario de poeta y mar* (o *Diario de un poeta recién casado*, que será el título definitivo) es de 1916, el mismo año en que Milutin Bojić compone su poema más célebre, la oda "La tumba azul". Algo más tardío es el primer poemario del poeta más joven de todos, Rafael Alberti, que obtiene el premio Nacional de Poesía en 1924 con *Marinero en tierra*, originalmente titulado *Mar y tierra*.

En el caso de los poetas españoles, los vínculos con el mar están relacionados con aspectos biográficos de muy diferente índole. José del Río Sainz llegó a tener una relación profesional con el mar, fue marino y luego capitán de la draga del puerto de Santander, su ciudad natal. En la obra y la vida de Tomás Morales, que residió desde la infancia en Las Palmas, aunque estudió durante cuatro años Medicina en otra ciudad costera, Cádiz, destaca en gran medida su insularidad. Juan Ramón es natural de Moguer, población situada junto a Palos de la Frontera, muy cerca de la costa atlántica, y en su biografía aparecen algunos viajes transoceánicos de gran transcendencia, como el que hace en el mes de febrero de 1916 para casarse con Zenobia Camprubí, con su travesía de regreso en junio, o el que veinte años después, en el Aquitania, le conduce al exilio. Años más tarde, un tercer viaje daría ocasión a la escritura de un tercer poemario, *Dios deseado y deseante*, que se incluiría en el proyecto titulado *Lírica de una Atlántida*. Rafael Alberti, por su parte, nace y pasa la infancia en El Puerto de Santa María, cerca de un mar que se convierte en tema poético de sus primeras composiciones líricas. De todos ellos, el que menos vínculos tiene con el mar es León Felipe, castellano por nacimiento y carácter, aunque cuando tenía nueve años su familia se trasladó a Santander, ciudad en la que conoció a José del Río y donde, antes de dedicarse a la poesía, llegó a regentar una farmacia. Aunque también padeció el exilio, es significativo que, a diferencia de lo que ocurre con Juan Ramón, en el libro que escribe durante la travesía a bordo del Breña, *El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*, no aparece la menor alusión al mar; como se comprobará más adelante, en su obra las alusiones al mar, que por lo demás son escasas, tienen un carácter metafórico, o incluso alegórico.

En el caso de los poetas serbios, la utilización del mar en los poemas de Vladislav Petković Dis es, del mismo modo, completamente simbólica, aunque el destino quiso que el título de su poemario, *Almas ahogadas*, fuera premonitorio y el poeta murió cuando el vapor francés en el que viajaba se hundió en el mar Jónico, tras el impacto de un torpedo alemán, el 17 de mayo de 1917. Aunque los críticos literarios de la época no lo apreciaron en su justa medida, ya que decían que no tenía ninguna formación literaria, y que carecía de cultura poética y conocimiento de lenguas extranjeras, algo de lo que sí podían presumir la mayoría de los poetas de su tiempo, lo cierto es que logró expresar preocupaciones comunes de la manera más profunda y lírica: la experiencia del encarcelamiento existencial, la muerte del amor, la extinción de los sentimientos y de la vida misma. La poesía de Dis tiene todas las características que Guilló consideraba propias de *litterature des déséquilibres*: el sentimiento amargo de la anomalía interna y destino desdichado. Como bien afirma Palavestra (1986), Dis se ha convertido en un gran poeta con los pocos poemas que escribió durante su corta vida, pero son poemas de valor

inestimable. En cualquier otro sentido, el mar fue algo bastante ajeno en su vida, como en la de Milutin Bojić, que solo al final de la suya tendrá contacto con él, y bastante traumático, como veremos. Al principio fue influenciado por simbolistas franceses, sobre todo Baudelaire, pero a medida que maduraba, Bojić recibió la influencia del escritor irlandés Oscar Wilde, en particular la obra *Salomé*, que se representaba en el Teatro Nacional de Belgrado durante sus años universitarios. La obra influyó tanto en Bojić que más tarde compuso un poema con el mismo nombre. La popularidad de Bojić creció exponencialmente tras su muerte. Muchos de sus poemas recibieron elogios de la crítica por su descripción de la retirada del ejército serbio durante el invierno de 1915-16 y su estancia en Corfú, donde miles de soldados sucumbieron a las enfermedades y el agotamiento y fueron sepultados en el mar. La obra de Bojić siguió siendo popular en Yugoslavia durante gran parte del siglo XX, consolidando su reputación como uno de los más grandes poetas serbios de este periodo. En cuanto a Jovan Dučić, hay algunas analogías con respecto a Juan Ramón o Alberti, puesto que, aunque Serbia no tiene acceso directo al mar, él nació cerca de la frontera croata, apenas a 10 km del mar Adriático. En su poesía exploró un territorio bastante nuevo que antes era desconocido en la poesía serbia. Se limitó a dos únicos tipos de verso, el dodecasílabo simétrico (el alejandrino) y el endecasílabo, ambos influidos por la poesía francesa, para centrarse en el significado simbólico de su obra. Expresó un doble temor: a la vulgaridad del pensamiento y a la vulgaridad de la expresión. A diferencia de Dis, el mar en la poesía de Dučić sirve para construir el paisaje poético, a la vez que representa la melancolía y la añoranza del poeta por su infancia y juventud, cuando vivía cerca del mar. El mar está presente también en sus recuerdos amorosos cuando estaba feliz con su amada, paseando por su orilla.

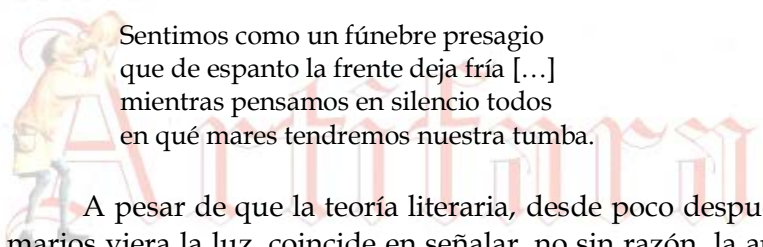
Es en la obra de Tomás Morales y José del Río Sainz, por lo tanto, y como era previsible, donde encontraremos una mayor abundancia en la caracterización del mar y de la vida marinera. En sus poemas, la presencia del mar es más frecuente y regular, hasta el punto de convertirse en el núcleo temático de algunos de sus poemarios. Del Río, como protagonista de los trabajos del mar, y Morales, como habitante asiduo del ambiente portuario, recogen en sus textos numerosos elementos que, como es natural, desarrollan a menudo diversos valores simbólicos, pero cuyo origen está en la observación y la vivencia.

Puede observarse que el tono de ambos poetas es en parte diferente, más celebratorio y eufórico, podríamos decir que luminoso, el de Morales, y más oscuro y consciente del esfuerzo y los peligros que implica el mar, el de Del Río, y tal vez podría afirmarse que su distancia es la que va de la oda a la elegía. Sin embargo, ambos comparten un cierto aire épico y se observan en su obra algunas coincidencias reseñables. Entre los elementos comunes, la representación del barco castigado por el tiempo, la camaradería de los marineros, la figura imponente (a veces vencida por el mar, o incluso por la bebida) del capitán de navío, la animación de las tabernas portuarias, la aparición de marinos extranjeros (sobre todo del norte, y en concreto de Inglaterra) y, en la inmensidad del mar, la oscuridad del cielo nocturno, la luna que preside el viaje, la soledad que de cuando en cuando se aminora con el avistamiento de una vela en el horizonte o cuando se cruza un buque que hace la travesía inversa.

En el poema "Gente de a bordo", de José del Río, leemos esta celebración de la camaradería entre las gentes de mar: "¡Hermanad santa de la mar y el barco / jurada ante la cruz del aparejo! / Cada marino, en expresiones parco, / es como un camarada leal y viejo" (2021, 66). El marinero siempre aparece como una figura noble, valiente, fuerte y respetable en los poemas de Morales o Del Río. También hay una cierta similitud entre los dos poetas en ciertos aspectos más concretos, como la reacción ante las señales ominosas que se presentan en el mar. Morales dibuja una escena nocturna con tono oscuro en el cuarto poema de su libro: "Noche en que nos asaltan pavorosos presagios / y tememos por todos los posibles naufragios / al

brillar de un relámpago tras la extensión sombría" (2011: 106). Ciertamente, es muy similar el tono de José del Río en "Las peñas del naufragio" (2021: 54):

Ante las rocas grises, cenicientas,
el corazón sobrecogido late;
parecen unas tristes osamentas
tendidas en un campo de combate.

Sentimos como un fúnebre presagio
que de espanto la frente deja fría [...] 
mientras pensamos en silencio todos
en qué mares tendremos nuestra tumba.

A pesar de que la teoría literaria, desde poco después de que la mayoría de estos poemarios viera la luz, coincide en señalar, no sin razón, la autonomía del poema lírico y su carácter autorreferencial, y tiende a desdeñar la experiencia autobiográfica que pueda estar acaso en su origen, es innegable que la experiencia personal, en todos estos casos, ha condicionado primero la mirada y luego la expresión del tema que nos ocupa.

Podríamos, así, hacer una primera distinción entre mares biográficos o vivenciales y mares puramente simbólicos, en función de que evoquen o no experiencias del sujeto lírico, a quien el lector tenderá a identificar con el poeta. En realidad, se trata de una falsa dicotomía, puesto que todos los mares de un poema son esencialmente simbólicos. La diferencia entre ambos tipos radicaría tan solo, como decíamos, en la voluntad de asociar esos símbolos a una experiencia personal y concreta más o menos reconocible.

En el corpus con el que hemos trabajado, podría decirse, por lo tanto, que hay una serie de mares de carácter simbólico entre los que podríamos distinguir los mares biográficos o de origen vivencial, los mares existenciales, los mares mitológicos o culturales, que incluirían los mares metapoéticos, y, por último, los mares históricos. No son categorías estancas o excluyentes, puesto que en ocasiones se combinan entre sí; por ejemplo, no es infrecuente que se combinen lo autobiográfico y lo histórico, o lo cultural y lo existencial. Por otra parte, partimos de la base de que los símbolos poéticos no admiten una traducción unívoca al lenguaje cotidiano, sino que, por el contrario, con frecuencia adquieren valores connotativos de carácter indefinido, ambiguo y polisémico.

2. EL MAR BIOGRÁFICO

El primer ejemplo, y el más claro, es el empleo del mar como signo que evoca la infancia. Es uno de los mares que se observa en la obra de Tomás Morales, que, en el segundo texto de *Poemas del mar*, tras el que sirve de pórtico y de dedicatoria a Salvador Rueda, comienza señalando: "El mar es como un viejo camarada de infancia / a quien estoy unido con un salvaje amor; / yo respiré, de niño, su salobre fragancia, / y aun llevo en mis oídos su bárbaro fragor" (2011: 101). En su mayor parte, *Marinero en tierra*, de Alberti, cifra en el mar la infancia añorada, el paraíso perdido de un tiempo y una edad irrecuperables: "¡Traje mío, traje mío, / nunca te podré vestir, / que al mar no me dejan ir" (1985: 139). Por el contrario, la tierra, o por sinécdoque la ciudad, representan la pérdida de la alegría y la libertad de la época infantil: "¡Nunca me verás, ciudad, / con mi traje marinero; / guardado está en el ropero, / ni me lo dejan probar!" (139). Son tonos y temas, por cierto, que Alberti reproducirá de nuevo en sus siguientes poemarios, *La amante* y *El alba del alhelí*. Está claro, no obstante, que, por mucho que en sus poemas haya un sesgo de nostalgia personal, tanto los elementos relacionados con el mar como las composiciones en su conjunto adquieren una significación abstracta y de vocación universal.

El mar biográfico, en numerosas ocasiones, podría identificarse con un mar sentimental. Como Alberti y Morales, Dučić ha crecido en una ciudad cerca del mar Adriático, Trebinje, que está justo en la frontera entre lo que hoy en día es Croacia y Montenegro, y por este motivo tiene escritos muchos poemas con tema o trasfondo marino. Un mar que está presente también en sus recuerdos amorosos, de cuando era feliz junto a su amada, paseando por la orilla del mar. En sus versos, el mar forma parte del paisaje melancólico como imagen poética: “el camino de la luna se divide en el mar / la cima infinita de las olas dormidas / la paz, ha llegado la última ola / tristemente se ha deslizado y ha muerto en la orilla”¹ (Dučić, 2013:54). Se puede ver cómo, mezclando el simbolismo con una clara herencia del romanticismo, el poeta utiliza el mar para describir su estado de ánimo: tiene el corazón roto por una mujer y se compara a sí mismo con la ola que nace y muere sin sentido. Otro poema de la misma colección habla de un león de piedra, sentado en la orilla del mar recordando tristemente los tiempos pasados, esperando la vuelta de las antiguas galeras. En el poema que se titula “Verano”, Dučić recuerda su antiguo amor, añorando su juventud, que transcurría a la orilla del mar, al lado de su amada. Finalmente, el poeta lamenta el paso del tiempo, y una juventud perdida que ya no volverá.

El último poema de esta colección habla de un paisaje inquietante con muchas descripciones marítimas:

una gaviota negra encima de las olas del mar
mientras la niebla se apodera del paisaje
sigilosamente, al igual que el olvido
la ola espumosa abraza tiernamente
la roca oscura y salada en la orilla
otra vez, la noche sin paz
me acuerdo de ti mientras lloro
sin palabras, en medio de una ola perdida.
(Dučić, 2013: 58)

El mar, en definitiva, se apoya en los recuerdos, pero los trasciende para servir de vehículo expresivo de las emociones del sujeto lírico. En estos últimos ejemplos, las imágenes poéticas de Dučić ofrecen un ambiente inquietante, mientras el poeta se sumerge en la tristeza recordando su pasado y su antiguo amor. Según Miodrag Pavlović (1964), los poemas de Jovan Dučić dedicados al mar Adriático representan un punto culminante en su desarrollo poético. En estas composiciones, al igual que en sus obras inspiradas en la naturaleza, Dučić demuestra una madurez expresiva notable, alcanzando un equilibrio entre la descripción emocional y la objetividad. Lo que distingue estos poemas es la manera en que el poeta parece conectarse con la naturaleza de forma intuitiva, utilizando sus propias emociones como un canal para comunicarse con su entorno. A través de imágenes vivas y detalladas, Dučić logra evocar una profunda comprensión del paisaje natural, otorgándole una dimensión simbólica. Un claro ejemplo de esta interacción íntima con la naturaleza es el poema “El sauce marino”. En él, el sauce, solitario y oculto detrás de una roca en la orilla, cobra vida en una representación casi mitológica: “el sauce solitario se esconde detrás de la roca marina/ soltando su pelo, verde y largo/ se parece a una ninfa cuya maldición es/ convertirse en un árbol solo y triste”. Esta imagen no solo personifica el árbol, sino que también simboliza la soledad y la melancolía, elementos que Dučić teje en su narrativa poética para reflejar las emociones humanas. Así, la naturaleza se

¹ Todas las traducciones al español de los versos serbios son de Sonja Sevo y han sido hechas para la presente publicación.

convierte en un espejo del alma, donde el paisaje físico del Adriático se fusiona con el paisaje emocional del poeta. Este tipo de poesía revela una sorprendente capacidad de Dučić para transformar la naturaleza en un interlocutor de sus emociones más profundas.

3. LOS MARES EXISTENCIALES

Afirma Juan Eduardo Cirlot acerca del mar, en su diccionario de símbolos (1995: 298), que:



Su sentido simbólico corresponde al del “océano inferior”, al de las aguas en movimiento, agente transitivo y mediador entre lo no formal (aire, gases) y lo formal (tierra, sólido) y, analógicamente, entre la vida y la muerte. El mar, los océanos, se consideran así como la fuente de la vida y el final de la misma. “Volver al mar” es como “retornar a la madre”, morir.

Esta identificación del mar tanto con la vida como con su antítesis, la muerte, puede rastrearse con facilidad en la tradición literaria más canónica y clásica (Luque, 2015: 28). El mar que es el morir de Manrique es uno de los ejemplos más célebres, pero ya antes, incluso, cabe recordar la marea que crece y amenaza con ahogar, junto a la ermita de San Simón, a quien estaba esperando a su amigo. Sin embargo, el mar es también la vida (“primer cuna de la vida”, escribe Unamuno en el poema “El mar” (Blecua, 1945: 249)) y, sobre todo, su transcurso, el vivir. Embarcarse, en la poesía lírica, es sinónimo de dar principio a una aventura y el mismo viaje por mar se convierte en transposición poética de la vida activa, esperanzada y acaso frágil.

El extenso poema (o el breve poemario, según se mire) “El hacha”, de León Felipe, incluido luego en *Español del Éxodo y del llanto*, de 1939, contiene varias referencias al mar, todas ellas ominosas. Por ejemplo, conmina a los españoles vencidos a esperar “ahí secos y olvidados / hasta que se desborde el mar” (2010: 309), y tiene una sección titulada precisamente “El llanto... el mar” en la que el mar se presenta como epítome de la tristeza, dada su semejanza con la lágrima multiplicada hasta el infinito (en este caso la suma de las lágrimas de los españoles derrotados en la contienda civil), pero también como cifra del destino último de la aniquilación, el mar que todo lo cubre y ahoga (como el polvo: “los ídolos al polvo / y la esperanza al mar”). La sección concluye así (2010: 321-322):

Mañana,
para todos, el mar:
el que mece las cunas
y derriba los ciclos,
el que cuenta los pasos de la luna
y los de la mula de la noria,
el que rompe los malecones
y los huevecillos,
el eterno comienzo
y el eterno acabar.
Mañana
sobre todos el mar...
sobre la zorra y sobre el buitro, el mar;
sobre el cobarde el mar;
sobre el obispo y su amatista, el mar;
sobre mi carne el mar;
sobre el desierto, el mar;
y sobre el polvo y sobre el hacha, el mar.

¡El mar,
el mar,
el mar solo otra vez, como al principio!
¡el llanto...el mar!

Ya en el libro segundo de *Versos y oraciones de caminante*, de 1930, León Felipe había publicado una “Canción marinera”, que no es sino una alegoría sobre la propia existencia de los seres humanos (2010: 165):

Todos somos marineros,
marineros que saben bien navegar.
Todos somos capitanes, capitanes de la mar.

Todos somos capitanes
y la diferencia está
sólo en el barco en que vamos
sobre las aguas del mar.

Quien va en un barco humilde, afirma el poeta en los versos finales, no debe temer al naufragio, “que el tesoro que buscamos, / capitán, / no está en el seno del puerto / sino en el fondo del mar”.

Precisamente la nave es uno de los elementos del mar, y de la relación entre el ser humano y el mar, que más se emplea en un sentido simbólico o figurado. Tomás Morales dedica tres sonetos alejandrinos consecutivos a la comparación entre la vieja fragata que otrora fue *desenvuelta* y *velívola* y ahora busca “el tibio halago del sol en la carena” (2011: 109) y el barco recién botado y bautizado, ligero y de aparejo gallardo. Las analogías con las edades del ser humano son evidentes, y más aún cuando el siguiente soneto de la serie nos habla de un capitán retirado, viejo lobo de mar, orgulloso de su pasado pero ya inválido y amante de las noches tibias.

Pero la tradición recoge igualmente la idea de mar como el origen de la vida. Rafael Alberti juega con la anfibología o la dilogía del término “marecita” (1985: 120) que sería voz cariñosa para denominar el mar, pero también andalucismo por ‘madrecita’, de manera que se sugiere la identificación del mar con la figura de la madre. Juan Ramón, a su vez, es consciente de la relación que hay entre mar y muerte, y entre mar y vida, porque el mar es el todo, la inmensidad, pero en su poesía es claro el predominio del impulso vital “el mar; como una primavera que abre su flor mayúscula...” (1955: 182), escribe extasiado el 13 de junio, y cinco días después, en el poema titulado “Vida” (204):

Tu nombre hoy, mar, es vida.
Jamás palpitó nada así, con la riqueza sin orillas
de tu movible y lúcido brocado verde plata,
blanca entraña y azul de la belleza eterna;
criadero sin fin de corazones
de los colores todos y de todas las luces;
¡mar vivo, vivo, vivo, todo vivo y vivo solo,
tan solo y para siempre vivo, mar!

El mar es símbolo en el todo y en sus partes. Tómese por ejemplo una de sus manifestaciones, la ola, que puede aparecer en los poemas como símbolo de la cadencia y de los ciclos

constantes, o bien de la fuerza, o bien de la intensidad del instante, matices que pueden presentarse de manera independiente o combinada. Así, la ola es expresión de la fuerza del mar en el poema homónimo de José del Río (2021: 63):

Así quisiera ser, un poder ciego
tener en un instante reunido
para lograr un ideal, y luego
deshacerme en las rocas del olvido.

Vivir la vida en una hora sola...;
mas vivirla lo mismo que la ola,
con su ímpetu brutal y con su fuerza...

Unamuno, en el poema titulado "En la playa blanca", encuentra en la ola una expresión familiar, vinculada a sus orígenes y que, como subraya José Manuel Blecua (1945: 55), adquiere una dimensión particular desde el destierro en Fuerteventura: "Olas gigantes de la mar bravía / que canta el sueño férreo de Vizcaya, / cunada en el sosiego de esta playa, / os sueña con morriña el alma mía" (Blecua, 1945: 252). La ola se percibe a veces como imagen o símbolo del instante, pero también lo es, de forma paradójica, del ciclo constante y de la muerte repetida, tal como se observa en un poema de Ramón Pérez de Ayala: "Mira la ola. Viene, sobre el azul convulso, / coronada de lírios, vestida de sonoro / cristal, y se derrumba con majestuoso impulso, / y canta y muere, y se sume en la arena de oro. // Vete, hombre, así en el flujo eterno de las cosas. / Resbala hacia la muerte con majestuoso paso, / vístete de pureza, corónate de rosas, / y canta al derretirte sobre el aurino ocaso" (Blecua, 1945: 281).

Mención aparte merecen los versos de tema marino en los que Antonio Machado no solo hace referencia a las olas, sino que trata de recrear su constante vaivén mediante un ritmo anfibráquico. En el poema, que en una primera publicación se tituló "La mar alegre", se produce además un absoluto contraste entre la barca rota arrumbada en la arena, cifra de lo inútil y lo inane, y el mar vivo (1984: 149):

El casco roído y verdoso
del viejo falucho
reposa en la arena...
la vela tronchada parece
que aún suena en el sol y en el mar.
El mar hierve y canta...
El mar es un sueño sonoro
bajo el sol de abril
El mar hierve y ríe
con olas azules y espumas de leche y de plata.

En otro poema de Soledades, Antonio Machado refleja las peripecias vitales con una expresión que une al camino y al mar: "He andado muchos caminos, / he abierto muchas verdades; / he navegado en cien mares / y atracado en cien riberas" (1984: 84). También su hermano Manuel, emplea ciertos elementos marinos como cifra de la existencia, en este caso, en concreto, para referirse a la incertidumbre del destino personal, que se representa mediante la condición impredecible del viaje por mar y de los avatares de la nave que lo surca. Es lo que se observa en el poema de 1921 "Marina" (2019: 276-277):

Gran palabra: navegar.
Dejar la playa segura,

irse, correr, olvidar
la ridícula aventura
que me ha traído hasta el mar.

Marineros de la vida,
los nuevos peligros quiero
con que el azar me convida.
Y apresto a nueva partida
mi barco, buen marinero". (...)

Es mi nave y va a partir
puesta en lo ignoto la fe.
Sólo viajar es vivir.
No sé dónde voy a ir,
e ignoro si volveré.

Ese sintagma, "marineros de la vida", vuelve una vez más a identificar la existencia humana con la travesía del mar, y de nuevo se conjugan elementos como la partida, la nave, la aventura, la seguridad y el azar.

En el caso de la poesía serbia de esta época, el caso más evidente de mar existencial se encuentra en la poesía de Vladislav Petković Dis, y, dentro de esta, el ejemplo principal lo constituye el poema "Nirvana", una de sus obras más célebres. Se trata de un poema excepcional, oscuro y misterioso, en el que aparecen un mar muerto y cementerios resucitados entre sus motivos más recurrentes. En el poema "Nirvana", todos los signos de vida desaparecen. El poeta ya no recuerda lo que fue, pero las cosas muertas aparecen solas ante él, está inmóvil ante el embate del no ser, ante su mirada, que está "sin forma, sin felicidad, sin dolor / una mirada muerta y profundamente vacía" (Petković Dis, 2003: 45). El poeta no es parte del mundo, sino sólo un objeto que recibe estímulos del exterior, los analiza y luego los arroja en forma de pensamientos, que luego se convierten en versos del poema. El poeta sufre así la acción del mundo exterior, no participa en él y no puede cambiarlo, por eso ni siquiera lo intenta. Solo puede mirar y aceptar el mundo y lo que viene, sin importar lo feo y deprimente que sea. En la segunda estrofa, el poeta habla del mar de la siguiente manera: "esta noche me han visitado los mares/ mares secos, sin olas ni espuma/viento muerto soplabla desde las montañas/intentando mover el universo" (Petković Dis, 2003: 45). Para Dis, el mar simboliza la muerte o la inexistencia, un lugar sin vida, sin forma, pero al mismo tiempo libre de miserias, y curiosamente tranquilo e inamovible. Según Veselinović (2021), a través de Dis, el mar entra por la puerta grande en la poesía serbia. Es el primer mar verdadero en lengua serbia, ya que es el mar del no-ser, de la nada, y en ningún caso, un simple paisaje o representación de una cultura y sus convenciones (no tiene nada que ver, por ejemplo, con la forma en que Dučić describe la cultura mediterránea). Es el mar de un poeta que ni siquiera lo había visto en la vida real antes de acabar ahogado en el fondo del mar. Es el mar del no-ser o la inexistencia del mar con paisajes sin forma y sin representación alguna. Ese mar es la música del universo, que solo Dis puede oír y convertir en palabras. Ese mar forma parte de un mundo sublime, un simbolismo tan abstracto que ni siquiera se funde con la nada: es la nada y el todo a la vez.

El mar, en definitiva, adquiere en la lírica una rica y compleja simbología existencial cuyo principio semántico general está compuesto por elementos como la inmensidad y la ausencia de caminos trazados o reconocibles. Como afirmaba el célebre poema de Antonio Machado, de *Proverbios y cantares*, "caminante no hay camino, sino estelas en la mar". Sobre esa base significativa, un amplio conjunto de elementos menores, más concretos, enriquece las posibilidades metafóricas. Así, la galerna, el oleaje, los vientos favorables o adversos, la fuerza de las

corrientes, la playa, el puerto, la bruma, el horizonte, la nave (que añade su propia simbología: la vela, la proa, el ancla, la derrota, la deriva, etc.) o el naufragio pueden traducirse en clave existencial.

El mar se opone, así, a la tierra, que en el terreno de lo simbólico son cifras respectivas de lo dudoso y lo firme. La tierra es el hogar y el mar es la aventura, aunque el mar también es la vía para encontrar tierras ignotas. En este sentido, cabe encontrar la inversión del tópico, y frente al avistamiento clásico de tierra desde la nave, Juan Ramón escribe, cuando se acerca al Cabo de San Vicente, “¡Oh, la tierra nos ve, nos ve, sí, sí, la tierra nos ve!”, en un poema que concluye: “¡Oh, la tierra nos ve, nos ve... y nos piensa! / Sí. ¡Ya somos! ¡Ya soy!” (211).

4. MARES CULTURALES, HISTÓRICOS Y MITOLÓGICOS

Los mares y océanos simbólicos que se han analizado en los apartados anteriores, los existenciales y los biográficos, tienen en común un carácter personal, subjetivo e individual. Proceden de la experiencia o de la sensibilidad del individuo aislado. Sin embargo, hay otros mares que obedecen a la experiencia conjunta de la cultura y el arte, o de la historia.

En cuanto a lo primero, la cultura y el arte, cabe descubrir mares en la poesía lírica que podríamos calificar de metaliterarios o intertextuales, y que hacen alusión a obras del pasado, en principio consabidas o reconocibles por el lector, que ya codificaron con anterioridad un mar simbólico. Tal como señalaba Gerard Genette, debe entenderse la intertextualidad como “una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de un texto en otro” (Genette, 1989: 10). Cuando Jorge Manrique afirma en sus célebres coplas que la mar es el morir, está, en términos retóricos, construyendo una metáfora, y en términos poéticos puede hablarse de hallazgo feliz, pero los poetas que en la modernidad regresan a esa metáfora están reutilizando de manera consciente unos materiales literarios que forman parte de la memoria compartida y de la tradición. Pueden emplear esos materiales de una manera que podría considerarse arqueológica, a la manera de la cita, o bien para añadir algún sentido nuevo, algo mucho más enriquecedor desde el punto de vista estético. Por ejemplo, cuando Rafael Alberti, en el poema “Sueño”, de *Marinero en tierra*, exhorta a los remadores a remar, tiene con toda seguridad en mente la expresión poética de los cancioneros medievales, y más en concreto el poema “Muy serena está la mar”, de Gil Vicente, al que pertenecen los versos: “Muy serena está la mar, / ¡a los remos, remadores! / ¡Esta es la nave de amores!”.

5. MAR E HISTORIA

Del mismo modo que hay mares que nacen de la propia literatura, hay otros que tienen una dimensión histórica. La poesía de Bojić no es de tema marino, pero su composición más célebre, la tumba azul, es testimonio histórico de los desastres de la guerra. Ya en el título se alude al mar como la tumba azul de los soldados serbios fallecidos durante la primera guerra mundial. En Corfú, que con razón fue llamada la isla de la muerte, muchos soldados serbios murieron a causa de enfermedades, hambre y agotamiento, y como no había lugar donde enterrarlos en la isla, sus cuerpos terminaron en las profundidades del mar Jónico. Durante su estancia allí, Bojić observó cómo los barcos aliados se llevaban montones de cadáveres de la isla y los arrojaban al mar con el sonido de las trompetas militares. Ante aquella imagen conmovedora sintió una gran inquietud, una profunda compasión por el sufrimiento de los soldados serbios, especialmente aquellos cuyos cuerpos fueron arrojados al fondo del mar, sin un entierro y funeral digno como corresponde a todo ser humano. El poema entero tiene forma de apóstrofe y se puede dividir en tres partes: en la primera parte, el poeta se dirige a todos

aquellos que navegan sobre la tumba azul y perturban el silencio y la tranquilidad que debe reinar en las profundidades del mar, como se puede observar en los siguientes versos:

¡Alto, galeras imperiales! ¡Frenad las popas poderosas!
¡Caminad con cuidado!
Celebro con orgullo este funeral en la noche helada.
Sobre esta agua bendita.

Allí en el fondo, donde las conchas se mueren de sueño
Y la turba cae sobre las algas muertas
Allí yace el cementerio de los valientes, hermano junto a hermano,
Prometeos de la esperanza, apóstoles de la miseria. (Pejčić, 2020: 66)

Por eso el poeta quiere detener todas las galeras e invoca completa paz y silencio sobre esa agua bendita. La segunda está orientada al futuro, en el que el sufrimiento de “mis hermanos” y de “este cementerio” será un pasado luminoso, un orgullo, un dolor eterno, pero también un acicate. El sacrificio de quienes fueron enterrados en el mar brillará durante “muchos siglos” y servirá de lección y ejemplo para las generaciones futuras. Y, por último, el poeta conversa con las galeras imperiales, que pueden aparecer en cualquier momento. Mientras que en la primera estrofa el foco se centra en el llamado a la paz y al silencio, que servirá para expresar respeto a las víctimas, en la sexta estrofa, el poeta envía un llamado a las galeras imperiales para cubrirse de negro y para expresar el respeto por quienes allí están enterrados, pero también el deseo de que las trompetas sean silenciadas y no perturben el silencio de la tumba azul. El poeta se refiere a estos soldados mártires como “prometeos de la esperanza” y “apóstoles de la miseria”, porque no fueron enterrados en la tierra con funeral y despedida familiar, sino arrojados a las profundidades del mar, sin oraciones ni lágrimas de sus seres queridos, por lo que sus almas inquietas deambulan buscando el camino al reino celeste.

Como bien indica Pejčić (2020), en muchos de los poemas de Milutin Bojić, se percibe claramente la influencia de Jovan Dučić, especialmente en la creación de imágenes poéticas. Bojić, al igual que Dučić, utiliza elementos como la lejanía de la amada, la mujer coronada y la presencia del agua para construir un universo lírico lleno de simbolismo y belleza. Estas imágenes, que evocan una sensación de anhelo y misterio, muestran la huella que Dučić dejó en la poesía de Bojić, quien sigue esta tradición de representar lo amoroso con una gran carga estética. No obstante, aunque ambos poetas compartan estas similitudes en la forma, la manera en que abordan la temática del mar revela profundas diferencias en su enfoque poético y emocional. Para Dučić, el mar es una fuente de inspiración poética que le permite explorar sus emociones más profundas y su conexión con el pasado. Las olas, la inmensidad del océano y la constante transformación del mar son para él metáforas de la vida, de los recuerdos y de la naturaleza cambiante de los sentimientos humanos. En este sentido, el mar en la poesía de Dučić es un espacio donde confluyen la nostalgia, la reflexión y la belleza poética. En cambio, para Bojić, el mar adquiere un significado mucho más trágico y solemne. No es simplemente un paisaje o un reflejo de emociones personales, sino un lugar cargado de un profundo sentido de pérdida y sacrificio. En su poesía, el mar es una tumba sagrada, un vasto cementerio donde reposan los cuerpos de sus hermanos caídos en la lucha. Este mar, lejos de ser un símbolo de nostalgia, es para Bojić un recordatorio constante del sufrimiento y la muerte, un espacio en el que se entrelazan el dolor y la esperanza de una redención a través del sacrificio. Para él, las aguas del mar no solo acogen a los muertos, sino que también se transforman en un medio purificador, un elemento casi sagrado que ofrece paz y consuelo a las almas de los difuntos. Así, mientras Dučić emplea el mar para explorar sus propias emociones y la fugacidad del

tiempo, Bojić lo convierte en un escenario épico y trágico, en el que el sacrificio humano y el dolor colectivo encuentran su expresión más profunda. Esta diferencia en la representación del mar no solo marca un contraste temático entre los dos poetas, sino que también refleja sus visiones divergentes sobre la vida, la muerte y el papel de la poesía en la expresión del sufrimiento humano.

En la poesía española algo posterior, cuando una generación de poetas se exilia tras la Guerra Civil, el mar se convierte en una inmensa frontera que une y que separa al mismo tiempo dos mundos, como establece León Felipe en varios de sus poemas de la década de 1940. El océano, según él, se interpone entre la tierra de las esencias castellanas y la España peregrina, pero también pone en contacto a quienes se integran en el concepto, tan importante en su poesía de esa etapa, de Hispanidad.

6. CONCLUSIONES

Al comparar la producción lírica que hace referencia al mar en las tradiciones serbia y española se descubre una primera diferencia cuantitativa. No resulta ninguna sorpresa que las alusiones al mar sean más frecuentes en la poesía española, hasta el punto de convertirse en el tema principal y el leit-motiv de poemarios completos. La explicación es sencilla; España es la suma de una península y dos archipiélagos principales, de modo que sus poetas tienen más nexos biográficos y culturales con el mar y sus elementos y manifestaciones.

Para los poetas serbios, al igual que para León Felipe y otros poetas de interior, como Antonio Machado, el mar actúa como un símbolo multifacético que trasciende su mera presencia física. A través de sus versos, los poetas utilizan el mar como un recurso poético para explorar temas universales como la muerte, el tiempo y la mortalidad. El mar se convierte en un vehículo metafórico que evoca imágenes de lo etéreo, lo infinito y lo insondable. Al referirse al mar en relación con conceptos como la muerte, el paso del tiempo, el cementerio y la tumba, los poetas establecen una conexión entre lo terrenal y lo trascendental. El mar se convierte en un espacio liminal donde los límites entre la vida y la muerte, el presente y el pasado, se difuminan. Es un recordatorio constante de la transitoriedad de la existencia humana y la inevitabilidad de la muerte. Además, al utilizar el mar como soporte de un campo léxico recurrente, los poetas crean una cohesión temática en sus obras, proporcionando una estructura simbólica que une sus escritos. Esta utilización compartida del mar como un símbolo cargado de significado enriquece la profundidad y la complejidad de la poesía serbia, ofreciendo múltiples capas de interpretación para el lector. En última instancia, esta conexión entre los tres poetas a través del uso del mar como símbolo refleja la riqueza y la diversidad de la tradición poética serbia, así como la universalidad de los temas que exploran.

Bibliografía

- ALBERTI, Rafael (1985) *Marinero en tierra. La amante. El alba del alhelí*, ed. de Robert Marrast, Madrid, Castalia.
- ALCALÁ-ZAMORA, José y Luis Alberto de CUENCA, eds. (1998) *La poesía y el mar. A poesía e o mar*, Madrid, Visor.
- BLECUA, José Manuel, ed. (1945) *El mar en la poesía española*, Madrid, Hispánica.
- CIRLOT, Juan Eduardo (1991) *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor.

- DERETIĆ, Jovan (1987) "Breve historia de la literatura serbia", Fecha de consulta 27/12/2023, Disponible en: https://www.rastko.rs/knjizevnost/jderetic_knjiz/jderetic-knjiz_09.html#_Toc412464028
- DUČIĆ, Jovan (2013) *Obras completas*, Novi Sad, Izdavački centar Matice srpske.
- GENETTE, Gérard (1989) *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1946) *Diario de poeta y mar*, Madrid, Afrodisio Aguado.
- LEÓN FELIPE (2010) *Poesías completas*, ed. de José Paulino, Madrid, Cátedra.
- LUQUE, Aurora, ed. (2015) *Aquel vivir del mar. El mar en la poesía griega*, Barcelona, Acantilado.
- MACHADO, Antonio (1984) *Soledades. Galerías. Otros poemas*, ed. de Geoffrey Ribbans, Madrid, Cátedra.
- MACHADO, Manuel (2019) *Poesías completas*, Sevilla, Renacimiento.
- MORALES, Tomás (2011) *Las Rosas de Hércules*, ed. de Oswaldo Guerra Sánchez, Madrid, Cátedra.
- PALAVESTRA, Predrag (1986) *Historia moderna de la literatura serbia*, Beograd, Srpska knjizevna zadruža.
- PAVLOVIĆ, Miodrag (1964) *Ocho poetas (Dučić-Dis-Srezojević-Bojić-Nastasijević-Savić-Rebac Prodanović-Popa)*, Beograd, Izdavačko preduzeće Prosveta.
- PETKOVIĆ DIS, Vladislav (2003) *Poemas elegidos*, Sremski Karlovci, Izdavacka knjizarnica.
- PEJČIĆ, Aleksandar (2020) *Milutin Bojić*, Novi Sad, Izdavački centar Matice srpske.
- RANKOVIĆ, Milan (1976) *Las particularidades de la poesía de Dis*, Beograd, Narodna knjiga.
- RÍO SAINZ, José del (2021) *Versos de guerra, mar y hampa. Antología poética*, ed. de Juan Antonio González Fuentes, Sevilla, Renacimiento.
- VESELINOVIĆ, Sonja (2021) *Vladislav Petkovic Dis*, Novi Sad, Izdavački centar Matice srpske.

